

húsalo, ya que continuas en tales pecados sin querer dejarlos. «Dios mío, continúa ese mentiroso, tengo un gran pesar de haberos ofendido». Pero ¿es posible que se profieran tales impiedades y blasfemias? Si realmente estuvieses apesadumbrado como dices, ¿podrías permanecer un mes, dos, tres, quizá diez o veinte años con el pecado en tu corazón? Aun más, si estuvieses apesadumbrado de haber ofendido a Dios, ¿sería necesario que el ministro del Señor tuviese que ocuparse continuamente en ponderar los castigos que Dios reserva al pecado, para hacerte concebir horror al mismo? ¿Sería necesario arrastrarte, por decirlo así, a los pies de tu Salvador para inducirte a dejar la culpa? «Perdonadme, Dios mío, dice, ya que sois infinitamente bueno y amoroso y el pecado os desagrada». Cállate, amigo, que no sabes lo que hablas. Ciertamente Dios es bueno; si hubiese escuchado solamente a su justicia, hace ya mucho tiempo que arderías en los infiernos. «Dios mío, va diciendo, perdonad mis culpas por los méritos de la pasión y muerte de vuestro amado Hijo Jesucristo». ¡Ay! amigo mío, todos los sufrimientos que Jesucristo ha tenido la caridad de soportar por ti, no serán capaces de ablandar tu endurecido corazón. «Concededme, dice, la gracia de poder cumplir el propósito que ahora tomo de hacer penitencia y de no ofenderos jamás». Pero, amigo mío, ¿puedes tú razonar de esta manera? ¿Dónde está, pues, esta resolución tomada de no volver a ofender a Dios? Toda vez que amas el pecado y que, lejos de querer salir de él, buscas los lugares y las personas que al pecado pueden arrastrarte; di mejor, amigo mío, que te sería enojoso que el buen Dios te otorgase la gracia de jamás ofenderle, ya que tanto te complaces en arrastrarte por las inmundicias de tus vicios. Tengo para mí, amigo mío, que fuera mejor callarse antes que hablar de esta manera.

Pero vayamos más lejos. Leemos en el Evangelio que, después que los soldados hubieron conducido a Jesucristo al pretorio, hallándose juntos a su alrededor, le despojaron de sus vestiduras, echaron sobre sus espaldas un manto de escarlata, coronáronle de espinas, golpeáronle la cabeza con una caña, diéronle de bofetadas, escupiéronle en el rostro, y después de todo esto, doblando una rodilla en su presencia, le adoraban. ¿Podrá hallarse un ultraje más horrible? Pues bien, ¿de esto os pasmáis? Ved aquí exactamente la conducta de un cristiano que está en pecado y que no intenta ni quiere salir de tal estado; y yo digo, además, que él solo ha hecho lo que hicieron juntos los judíos, pues, como nos dice San Pablo, cada vez que cometemos un pecado, damos muerte al Salvador del mundo (1); esto es, hacemos todo lo que sería necesario para darle muerte, si fuese aun capaz de morir otra vez. Mientras el pecado domina en nuestro corazón, tenemos, como los judíos, a Jesucristo clavado en cruz; y, con ellos, nos llegamos a insultarle doblando ante Él la rodilla, haciendo el simulacro de dirigirle nuestras oraciones.

Pero, me dirás, no es ésta mi intención cuando rezo; ¡líbreme Dios de cometer jamás semejantes horrores! — ¡Valiente excusa, amigo mío! El que comete un pecado, no tiene intención de perder la gracia; no obstante la pierde; y ¿es por ello menos culpable? Indudablemente que no, puesto que sabe muy bien que no puede realizar tal acción o decir tal cosa sin que se haga culpable de pecado mortal. Siguiendo tu razonamiento, resulta que ninguno de los condenados que están ardiendo en el infierno, tenía intención de condenarse; ¿son por esto menos culpables? No, porque sabían muy bien que, viviendo como

(1) Rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei (Hebr., VI, 6).

vivían, estaban destinados a condenarse. Un pecador que ora con el pecado en su corazón, no tiene la intención de burlarse de Jesucristo ni de insultarle; pero no es menos cierto que se burla de Él, puesto que sabe muy bien que uno se burla de Dios cuando le dice: «Dios mío, os amo», mientras ama el pecado, o bien: «Me confesaré pronto». ¡Fijaos en esta última mentira! pues no piensa ni en confesarse ni en convertirse. Pero, dime, ¿cuál es tu intención cuando vienes a la iglesia, o practicas eso que llamas tus oraciones? Tal vez me dirás, si te atreves todavía a ello, que es la de realizar un acto de religión, rendir a Dios el honor y la gloria que se le deben. ¡Oh, horror! ¡oh, ceguera! ¡oh, impiedad! querer honrar a Dios por medio de la mentira, esto es, por medio de aquello que le ultraja. ¡Oh, abominación! ¡tener a Jesucristo en la boca y crucificarlo en su corazón, juntar lo más santo que existe con lo más detestable que pueda imaginarse, cual es el servicio del demonio! ¡Oh! ¡qué horror! ¡ofrecer a Dios un alma que mil veces se prostituyó al demonio! ¡Oh, Dios mío! ¡cuán ciego es el pecador, y tanto más, cuanto no se conoce, ni procura conocerse!

¿No tenía, pues, yo razón cuando dije, al empezar, que la oración de un pecador no era más que un tejido de mentiras y contradicciones? Tanta verdad es esto que he dicho, que el mismo Espíritu Santo nos enseña que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado es execrable a los ojos del Señor (1). Muy horrible y digno de compasión es tal estado, dirás conmigo. Pues bien, ¡mira cómo te cegó el pecado! y sin embargo, sin temor a exageración, te digo que a lo menos la mitad de los que están aquí, de los que me escuchan en esta iglesia, pertenecen a este número. Y con todo, ¿verdad que esto no te conmueve, antes

(1) Prov., XXVIII, 9.

bien te fastidia y esta hora se te hace demasiado larga? He aquí, amigo mío, el desdichado abismo a donde el pecado conduce al pecador. Por de pronto, sabes que, desde ha seis meses, un año o más, estás en pecado, y con todo ¿verdad que te sientes tranquilo? — Enteramente tranquilo, me dirás. — No es esto difícil de creer, pues el pecado te sacó los ojos, y no ves nada; ha endurecido tu corazón haciéndote insensible, hasta el punto de que, con toda seguridad, cuanto acabo de decir no te sugerirá reflexión alguna. ¡Oh, Dios mío, a qué abismos conduce el pecado!

Mas ahora me diréis vosotros: ¿qué falta nos hace orar, toda vez que nuestras oraciones no son más que insultos que hacemos a Dios? No es esto lo que quise significaros al decir que vuestras oraciones no eran más que mentiras. Lo que hay es que, en vez de decir: «Dios mío, os amo», debierais decir: «Dios mío no os amo, pero hacedme la gracia de amaros mucho». En lugar de decir: «Dios mío, siento un extremo pesar de haberos ofendido», decidle: «Dios mío, yo no siento dolor alguno de mis pecados, dadme todo el arrepentimiento que debo tener». Lejos de exclamar: «Quiero confesar mis pecados», decid mejor: «Dios mío, yo me siento encadenado a mis culpas, como si jamás hubiese de apartarlas; dadme aquel horror que debo concebir, a fin de que las aborrezca, las deteste y las confiese, para no recaer jamás en ellas». ¡Oh, Dios mío, dadnos este horror eterno al pecado, puesto que es vuestro enemigo, fué la causa de vuestra muerte, nos arrebató vuestra amistad, y nos separa de Vos! ¡Ah! ¡haced, divino Salvador, que, siempre que vengamos a vuestras plantas a orar, lo hagamos con un corazón que os ame, y que en la manifestación de sus afectos no os diga más que la verdad! Esta es, H. M., la gracia que os deseo.

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA

SOBRE LOS ENEMIGOS DE NUESTRA SALVACIÓN

Motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus.

Levantóse en el mar una gran tempestad, hasta el punto que la embarcación quedaba cubierta por las olas.

(S. Mat., VIII, 24).

Aquí tenéis, H. M., la figura, o mejor, la vida de un pobre cristiano en la tierra. Nuestra alma, sujeta a mil pasiones, expuesta a mil tentaciones, es verdaderamente semejante a una barquilla dominada por las olas y en peligro de naufragar a cada momento. Al considerar esto, H. M., ¿quién de nosotros podrá vivir tranquilo viendo los peligros por los cuales quedamos expuestos a perdernos para siempre? ¿Quién de nosotros, H. M., no sentirá la necesidad de vigilar incesantemente los movimientos de su corazón, es decir, todos sus pensamientos, palabras y acciones, para saber si ellas tienen por objeto complacer a Dios o bien agradar al mundo? Mas, ¡ay! digámoslo con pena, H. M., son muchos los que en sus obras no buscan a Dios, sino solamente al mundo. Pero también, ¿qué se sigue de ello? ¡Ay! no resulta otra cosa sino que el diablo se los lleva al infierno con la misma facilidad con que una madre conduce un hijo de cua-

tro o cinco años a cuantos lugares se le antoja. Sí, H. M., un cristiano que quiere agradar a Dios y salvar su alma, debe temblar ante dos cosas: los poderosos enemigos que le rodean y su furor en procurar nuestra ruina, y, además la tranquilidad e indiferencia con que vivimos en medio de tantos peligros a que continuamente nos hallamos expuestos. Y para haceros comprender con cuánta diligencia debemos vigilar y orar, voy ahora a mostraros: 1.º cuáles sean los enemigos que debemos temer y evitar; 2.º qué es lo que hemos de hacer para vencerlos.

I. — No son nuestros verdaderos enemigos aquellos que afean nuestra reputación, que nos despojan de nuestros bienes, que atentan contra nuestra misma vida: éstos no son más que instrumentos de que se sirve la Providencia para santificarnos, dándonos ocasión de practicar la humildad, la mansedumbre, la caridad y la paciencia. Si tomamos a pecho la salvación de nuestra alma, lejos de odiarlos y de quejarnos de ellos, al contrario, los amaremos más y más. Ciertamente que es algo duro para un cristiano que tiene aficionado su corazón a la tierra, verse despojado de sus bienes; es verdad que resulta algo sensible para un orgulloso ver empañada su reputación; no hay duda que es espantoso para un hombre que vive casi como si nunca hubiese de morir, sentir que la muerte le acecha: sin embargo, H. M., no son éstos los que aquí llamamos nuestros enemigos; por el contrario, éstos son los que nos conducen al cielo, si queremos aprovecharnos de ellos cristianamente. Mas si deseáis ahora saber cuáles son los enemigos que hemos de temer, vedlo aquí, H. M., escuchadlo atentamente y grabadlo firmemente en vuestro corazón. Nuestros verdaderos enemigos son aquellos que trabajan para arrebatarnos la inocencia a nuestra pobre alma, o para robarle el tesoro de la gracia, para

causarle la muerte ante Dios y precipitarla al infierno. ¡ Ah, H. M. ! ¡ cuán terribles y formidables son tales enemigos ! A más de ser peligrosos, nos los hallamos en todas partes, o mejor, los llevamos dentro de nosotros mismos : lo cual ha de movernos a mantenernos constantemente en guardia, ya que sólo la muerte podrá librarnos de ellos para siempre. ¡ Ay, H. M. ! no en vano se dice que « la vida del hombre es un combate continuado » (1). Y os diré además, H. M., que no hay para nosotros enemigos más de temer que aquellos que son invisibles ; y si deseáis conocerlos, vamos en su busca, es decir, penetremos en nuestro corazón y llamémoslos a cada uno por su nombre, a fin de que no nos sea posible engañarnos.

¿ No veis, H. M., este loco amor a nosotros mismos, esta secreta complacencia por la cual nos llenamos de nosotros mismos ? ¿ No veis cómo nos gloriamos interiormente de nuestros pequeños méritos, de nuestros bienes, de nuestro talento, de nuestra familia ; despreciamos interiormente a los demás, y nos colocamos más altos que nuestros iguales, o al nivel de los que están muy por encima de nosotros ? « Valgo tanto como aquél, decimos ; valgo más que éste, no es tan buen operario como yo ; no presentará un trabajo hecho tan a la perfección como el mío ». ¿ Os dais cuenta, H. M., de ese enemigo invisible que continuamente os persigue y tanto daño os causa ? Cuando vuestro hermano fracasa en alguna empresa, ¿ no es el miserable orgullo lo que os induce a pensar que no acertó en emplear los medios adecuados para salir con éxito, y que vosotros en su lugar habríais obrado de muy distinta manera ; que es un imbécil ; que no entiendo en nada y sólo sigue su capricho ? ¿ Lo conocéis, ahora, H. M., ese sutil enemigo que, sin notarlo vosotros, os causa la muerte ?

(1) Militia est vita hominis super terram (Job, VII, 1).

Esos bienes que adquiristeis, tal vez no del todo legítimamente; esa figura que, según vuestro parecer, es más agradable que la de cualquier otro; vuestro vestido, más rico o más elegante que el de vuestro vecino, y mil otras bagatelas, ¿no son causa de que se hinche vuestra vanidad? y esta hinchazón, ¿no aparece también en vuestra manera de hablar, en el modo de andar, en vuestro talante? ¿Lo veis, pues, cómo sois orgullosos? Si una persona pobre y humilde os saluda quitándose el sombrero a vuestro paso o haciéndoos las más corteses reverencias, apenas os dignaréis dirigirle la palabra; creeréis haber hecho bastante correspondiéndole con una inclinación de cabeza, o respondiéndole sí o no. A duras penas le miraréis, como si fuera de una pasta inferior a la vuestra. ¿Lo veis, H. M., lo comprendéis hasta qué punto os devora el orgullo? ¿No veis, además, cuán susceptibles os mostráis según el modo como se os habla? ¡Ay! una palabra algo intencionada, la más pequeña broma a costa vuestra, una acogida algo fría, todo esto os impresiona; os quejáis, llegando hasta a murmurar, en esta o parecida forma, de vuestro prójimo: «¡Ah! bien se conoce que su educación no es de reyes ni de príncipes!» Tenéis muy presente el favor que, tal vez, le habréis hecho, y deseáis que llegue la ocasión para echárselo en cara. Dios mío, ¡cuánto orgullo, cuánto amor propio! Mirad aquel hombre: después que adquirió tales o cuales fincas que no tenía, ved cómo anda con la cabeza más erguida, y se hace amigo de aquellos con quienes antes no se atrevía a alternar, por creerlos de un nivel muy superior al suyo! Si los negocios de vuestro vecino tienen mejor éxito que los vuestros, si él alcanza ciertos provechos que vosotros no pudisteis alcanzar, ¡observad cómo la tristeza y el enojo invaden vuestro corazón! Mas si, al contrario, le sobreviene algún percance que desbarata sus negocios, o que le humilla y

empequeñece, ¿no sentís, de súbito, en vuestro corazón, una cierta alegría, un refinado placer interior? No veis, H. M., no sentís esa envidia, esos celos que a todas partes os persiguen?

A la persona que nos ofendió, tal vez ¡ay! sin querer, nos repugna el verla y el oírla; gústanos hablar mal de ella; estamos contentos cuando los demás la critican, nos complacemos en hallar ocasión de mortificarla. ¿Lo veis, H. M.? ¿lo sentís ese odio, esa sed de venganza, esa animosidad que os devora?

¿Queréis saber ahora, H. M., hasta qué punto estamos aferrados a la vida y a los bienes de este mundo? ¿No está, por ventura, vuestro espíritu, noche y día, lleno de vuestros negocios temporales, de vuestras ocupaciones, de vuestro comercio? ¿No estáis continuamente ocupados pensando o hablando de vuestro dinero, o discurriendo acerca del modo de recaudarlo y acrecentarlo? ¡Ay! ¡cuántas veces el pensamiento de vuestras empresas temporales os domina hasta durante el tiempo de vuestras oraciones, mientras estáis en la casa de Dios, durante la santa Misa! ¿Cuántas veces en ella habréis pensado en las gestiones que realizaréis al salir de la misma, en los viajes que vais a emprender, en las personas que vais a hallar para el éxito de vuestros negocios, para cerrar una compra o una venta? ¡Ay! para ganar cinco pesetas andaríais tres o cuatro leguas; y en cambio, ¿haríais treinta pasos para realizar una buena obra, para prestar un servicio al prójimo, o para oír una vez la santa Misa durante la semana? Desprenderos de una moneda en favor de los pobres, es ¡ay! lo mismo que arrancaros las entrañas. Cuando se trata de ganar o perder algo, no respetáis domingos ni días de fiesta; no hay preceptos de la ley de Dios ni mandamientos de la Iglesia que os detengan.

¿No estoy en lo cierto, H. M., cuando afirmo que, despreciando los mandamientos, no habéis osado ne-

garos a contribuir al pecado de los demás rehusando dar vuestro dinero para los excesos que se cometen en las bodas de vuestros parientes? ¿Verdad que no os atrevisteis a manifestar que ni vosotros ni vuestros hijos queríais estar presentes en ellas? Veis, H. M., lo sentís, cómo el respeto humano os ciega y os pierde? Y ¿qué diré de vuestra singular manera de examinar a los demás, de vuestra afición a criticar la conducta y los actos de vuestro prójimo, metiéndooos en lo que no os interesa, divulgando lo que sabéis y hasta lo que no sabéis? ¿No percibís, H. M., ese enemigo íntimo que trae a todas partes la confusión y mete disensiones entre las familias; no comprendéis quién es ese enemigo interior que así os engaña? ¿Es, por ventura, que la impureza os domina? ¿No están vuestra mente y vuestra imaginación llenas de pensamientos inmundos, de representaciones y deseos impuros? ¿No veis, H. M., no sentís ese fuego impuro que os abrasa y devora? Pues bien, H. M. vedlos ahí esos enemigos en que no paramos atención.

¿Sabeis, H. M., por qué los conocemos poco? ¡Ay! porque cerramos los ojos y tapamos los oídos a fin de no verlos ni conocerlos. Mas, para conocerlos bien, no hemos de hacer otra cosa que penetrar en nuestro corazón; allí es donde se han escondido, allí es donde, a lo menos en alguna manera, los conoceremos. Acabo de señalaros los más ostensibles y comunes. Pero, cuanto más escudriñéis, mayor número vais a hallar. ¡Ay! nuestro miserable corazón es semejante a la inmensidad ignota y profunda del mar, que encierra una multitud infinita de peces de todos tamaños y especies. Sí, H. M., igual es nuestro corazón. En su recinto encierra una turba de malas inclinaciones, unas más débiles, otras más fuertes, pero todas igualmente capaces de perdernos, si no ponemos extremada precaución en reprimirlas. Tales son, H. M., los enemigos que

moran dentro de nosotros mismos, de cuya compañía no podemos huir, y contra quienes no nos queda otro remedio que luchar. Pero me diréis tal vez : éstos son nuestros enemigos internos, mas ¿cuáles son los enemigos de fuera ?

Si descáis saberlo, H. M., vedlos aquí, atended bien, a fin de que podáis conocerlos, combatirlos, y, con la gracia de Dios, vencerlos. Os diré, primeramente, que los de fuera vienen a juntarse con los de dentro, a fin de embestir con más furor a los cristianos. Sí, H. M., todas las criaturas que el Señor hizo para que el hombre usase de ellas, sirven para su salvación o para su perdición, según el uso que haga de las mismas. Para convenceros de ello, escuchadme un momento. Ved a ese pobre indigente que, en su estrechez, tan fácilmente ganaría el cielo. Pero, ¡ ay ! ¿ qué hace ? Lo que hizo el mal ladrón, que desde la cruz bajó al infierno, en vez de remontarse al cielo : murmura, se queja, siente envidia de los ricos, habla mal de ellos, tratándolos de crueles y tiranos ; las penalidades y las aflicciones, que son gracias muy provechosas que Dios le envía, le llevan a la desesperación. Por otra parte, mirad a los ricos, mirad a los que gozan de buena salud. En vez de dar gracias a Dios, y de hacer buen uso de los bienes que El les concedió, haciendo participantes de ellos a los pobres, a fin de poder rescatar la pena de sus pecados, ¿ qué hacen ? Las riquezas los vuelven orgullosos y los llevan a vivir en un completo olvido de su salvación. Sí, H. M., en cualquier estado en que nos hallemos, por todas partes encontraremos enemigos a quienes combatir. Aquí oímos malas conversaciones ; allá vemos malos ejemplos ; digamos mejor, H. M., ya despiertos, ya dormidos, sea que comamos, sea que bebamos, en todo momento y en todo lugar hay asechanzas que evitar y tentaciones que combatir, hasta en los recreos más inocentes, en la compañía de

las personas más virtuosas que frecuentamos, en nuestras acciones más santas, hasta en la misma oración. ¡ Ay ! ¡ cuántas distracciones ! ¡ cuántos pensamientos de orgullo ! ¡ cuántas veces nos hemos preferido a los demás a quienes creemos menos buenos que nosotros ! En nuestras confesiones ¡ ay ! ¡ cuántos rodeos para aparecer menos culpables de lo que somos en realidad ! ¡ cuántas veces hemos resuelto cambiar de confesor para experimentar menos confusión ! ¡ Ay ! ¡ cuántos sacrilegios en nuestras comuniones ! ¡ cuántas miras humanas ! ¡ cuántas veces, si estuviésemos solos, seríamos menos modestos de lo que aparentamos en público ! ¡ Cuánta hipocresía en nuestros ayunos ! ¡ cuántas veces simulamos ayunar, y quebrantamos la ley al estar solos ! Al dar limosna, ¡ cuántas veces buscamos el aplauso de los hombres ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuántos lazos debemos evitar ! ¡ cuántas tentaciones hemos de combatir ! Sí, H. M., el demonio, que ha jurado nuestra pérdida, ronda sin cesar a nuestro alrededor para hacernos caer en sus redes. Sí, H. M., se sirve de cuanto nos rodea para inducirnos al mal. Ved el procedimiento que sigue para tentarnos : examina, primeramente, todos los movimientos de nuestro corazón. Al que está inclinado al orgullo, le pone ante los ojos o le mete en el espíritu todo aquello que pueda fomentar la tal inclinación ; le hace creer que todo cuanto hace está muy bien hecho o muy bien dicho ; le hace darse cuenta de que es muy diestro, muy elegante, muy ordenado, muy caritativo. Al que tiene afición al dinero, le hace considerar la felicidad de que gozan los ricos, cómo están ellos exentos de miseria, cómo pueden hacer lo que les viene a gusto, y cómo son amados y respetados de todo el mundo. Al que está sujeto al vicio de la impureza, le presenta continuamente ante la imaginación los placeres de los sentidos, de tal manera que todo cuanto ve se los evoca. A los

que tienen el corazón sensible, ora los lleva a caer en el orgullo, ora en la desesperación. A los que representan alguna apariencia de virtud, les hace creer que son tenidos en muy buena opinión; les gusta que los demás se encomienden en sus oraciones; se creen dignos y capaces de grandes cosas; algunas veces hasta piensan que podrían hacer milagros. ¡Ay, H. M. ! ¡cuán pocos escapan a tantas asechanzas y, por consiguiente, cuán pocos llegarán al cielo !

Mas, me diréis tal vez, ¿quién podrá conocer todos esos artificios? ¿quién podrá descubrirlos? Vedlo aquí, H. M. : solamente los que se dan cuenta de ellos, los que los combaten y resisten. Pues bien, H. M., ya hemos visto algunos de los enemigos de nuestra salvación. Vosotros mismos podéis juzgar si son de temer. Mas los juzgaréis aún mejor por los males que hasta el presente os causaron ya, y por el estado a que os han reducido. Examinad con la mente todos los años de vuestra vida, y vea cada cual si desde su juventud no ha sido víctima, esclavo, desdichado juguete del demonio, ese maldito Satán, así como del mundo y de las propias pasiones. ¡Ay, H. M. ! ¿quién podrá contar todos los malos pensamientos que el demonio os ha sugerido, todas las imágenes con que ha procurado manchar vuestra imaginación, y todos los movimientos desarreglados que en vosotros ha excitado? Sí, H. M., si quisiéramos sinceramente trabajar por nuestra salvación, conoceríamos cuán verdadero es lo que nos dice San Juan, a saber : que «todo lo del mundo no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida» (1); que nosotros mismos llevamos a todas partes el germen de todos los vicios, y que cada uno de nosotros puede ser

(1) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae (I Joan., II, 16).

tentado y seducido por su mala inclinación; que todo lo que nos rodea puede ser para nosotros ocasión de pecado, y que el demonio, empeñado en nuestra pérdida, utiliza unas veces nuestras malas inclinaciones para hacernos abusar de las criaturas, y otras se sirve de las criaturas para excitar nuestras malas inclinaciones. ¡Ay, H. M.! si estuviésemos bien penetrados del peligro en que constantemente nos hallamos de perdernos, de continuo nos dominaría el pavor. Diríamos con San Pablo: «¡Ah! Señor, ¿cuándo tendré la dicha de quedar libre de este miserable cuerpo que parece me fué dado sólo para atormentarme, para humillarme y para ser instrumento de mil miserias?» (1). Y diríamos aún con el santo rey David: «¡Ah! ¡Señor, Dios mío! ¿quién me dará alas como de paloma para volar, y fugarme de este mundo miserable, donde sólo hallo asechanzas y tentaciones de toda especie?» (2).

Sí, H. M., todo lo que vemos, todo lo que oímos, todo lo que hacemos y decimos, nos inclina al mal. En la mesa, es la sensualidad, la gula y la destemplanza; al permitirnos unos momentos de recreo, son la ligereza y las conversaciones inútiles; cuando trabajamos, es el interés, la avaricia, la envidia o la vanidad misma lo que nos mueve; si rezamos, es la negligencia, las distracciones y el fastidio al experimentar alguna pena o aflicción, son las quejas y murmuraciones; en la prosperidad, es el orgullo, el amor propio y el desprecio del prójimo; las alabanzas hinchán nuestro corazón, las injurias nos hacen montar en cólera. Pues bien, H. M., esto es lo que ha hecho temblar a los más grandes santos, esto es lo que ha poblado los desiertos de tantos anacoretas, esto es lo que es motivo de tantas lágrimas, de tantas oraciones, de tantas pe-

(1) Quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom., VII, 24).

(2) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? (Ps. LIV, 7).

nitencias. Verdad que los santos ocultos en la selva no estaban exentos de tentaciones; pero al menos se alejaban de tantos malos ejemplos como nos rodean continuamente y son la causa de la perdición de tantas almas. Vemos, sin embargo, en su vida, que vigilan, que tiemblan sin cesar, que oran con frecuencia, mientras que nosotros, pobres ciegos, permanecemos tranquilos en medio de tantos peligros de perdición. ¡Ay, H. M. ! algunos ni saben en qué consiste ser tentado, puesto que casi nunca o al menos muy raramente resisten. ¡Ay, H. M. ! siendo esto así, ¿quién de nosotros triunfará de tantos peligros? ¿quién de nosotros será salvo? (1). No, H. M., el que quisiera reflexionar sobre todo esto, quedaría tan atemorizado que le fuera imposible vivir. Sin embargo, H. M., lo que debe consolarnos y darnos seguridad, es que hemos de tratar con un Padre muy bueno, el cual no permitirá nunca que los combates en que estamos comprometidos estén por encima de nuestras fuerzas, y que, cuantas veces a El recurramos, nos ayudará a luchar y a vencer.

II. — Hemos dicho que trataríamos de los medios que debemos emplear para vencer a nuestros enemigos y salir victoriosos en la lucha. Es muy cierto, H. M., que el hombre, en su origen, no era, como al presente, un compuesto de bien y mal, de vicios y pecados. Su alma, al salir de las manos del Criador, no estaba sujeta a tales miserias. Mas el hombre se insubordinó contra su Dios, y desde aquel mismo momento no fué ya nunca señor de sí mismo: su carne, corrompida por el pecado, se rebeló contra el espíritu. De entonces viene esa mezcla del bien y del mal, de buenas y malas inclinaciones que hallamos en cada uno de nos-

(1) Quis ergo poterit salvus esse (Matth., XIX, 25).

otros. Las buenas vienen de Dios, que es el padre de nuestras almas; las malas vienen del demonio, el gran enemigo de Dios y de nuestras almas.—Pero se os ocurre ahora tal vez pensar: ¿qué debemos hacer, pues, para vencer con seguridad a nuestros enemigos? Nada más que tres cosas, H. M.; vedlas aquí: «Vigilar, huir, orar». Si sois fieles a estos tres avisos, aunque todo el infierno se conjure contra vosotros, nada podrá. Expliquemos, pues, H. M., estos tres puntos tan esenciales, como que de ellos depende nuestra salvación.

1.º Digo, primeramente, que debemos *vigilar*; mas no soy yo solo quien os lo dice, sino que es el mismo Jesucristo quien lo afirma. «Si el padre de familias, nos dice, supiese a qué hora deben venir los ladrones, es cierto que no se dormiría, sino que vigilaría para impedir que la casa fuese robada» (1); cerraría con cuidado todas las puertas, estaría atento al menor ruido, no permitiría la entrada a nadie sin conocerle bien, guardaría continua precaución. Esto es, H. M., lo que Jesucristo quiere que hagamos respecto a nuestra alma. Esa casa que Dios quiere que guardemos, es nuestra alma; esos ladrones son los demonios, el mundo y nuestras pasiones; ya que vemos y percibimos claramente cómo esos ladrones están siempre cerca de nosotros, ojo avizor, para tentarnos y perdernos. Hemos, pues, de andar siempre con precaución, a fin de que nunca puedan sorprendernos.—Pero me diréis: ¿cómo podremos vigilar continuamente acerca de nosotros mismos? Vedlo, H. M.: así lo conseguiremos, si ejercemos vigilancia sobre todos los pensamientos que se presentan en nuestro espíritu, sobre todos los movimientos que emanan de nuestro corazón, sobre todas las palabras que salen de nuestra boca, y sobre todas

(1) Quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam (Matth., XXIV, 43).

las conversaciones que hieren nuestros oídos, para ver y examinar si, en todo ello, hay nada que pueda desagradar a Dios y dejar mal parada a nuestra pobre alma. Nos vigilamos a nosotros mismos, H. M., cuando en todas nuestras empresas, en todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, examinamos delante de Dios cuáles sean los motivos y las intenciones que nos inducen a obrar: si es el orgullo, la vanidad, el interés, el odio, la venganza, o bien intenciones puramente humanas, carnales o impuras.

Sí, H. M., la persona que se vigila a sí misma, es como el hombre prudente, que se ve obligado a andar por un camino muy estrecho, muy resbaladizo y bordeado de precipicios; ved con qué precaución camina, mirando bien dónde pone los pies, prestando atención a todos sus pasos. Andad con cuidado, nos dice San Pablo, acerca de la manera como andáis por las vías de vuestra salvación (1); es decir, la manera cómo habláis u obráis, acerca del menor de vuestros pensamientos, del más mínimo de vuestros deseos, de la más pequeña de vuestras acciones. Tened cuidado con vuestros ojos para que los objetos en que ellos se fijan no sean capaces de causar la muerte de vuestra alma; tened cuidado con la lengua, temiendo no sea ella un cuchillo que asesine a vuestra pobre alma.—Mas, me diréis, ¿quiénes serán los que tomen todas estas precauciones? Si es preciso adoptar todas estas medidas, estamos todos perdidos. — Hay que esperar que no todos estemos perdidos; pero sí es muy cierto que, si son pocos los que observan todo esto, serán también muy pocos los que lleguen al cielo. Ved, H. M., lo que debemos practicar todos los días por la mañana, después de nuestras oraciones: conviene prever las ocasiones de ofender a Dios que se nos van a presentar, a

(1) Videte itaque, fratres, quomodo caute ambuletis (Eph., V, 15).

fin de poderlas evitar, y pedir a Dios la gracia y la fuerza de no sucumbir; por la noche, hemos de rendirnos cuentas a nosotros mismos, para ver si hemos sido fieles a nuestros propósitos; si tuvimos la desgracia de caer, es preciso, sin desanimarnos, gemir delante de Dios, y pedirle nuevamente la gracia de ser más firmes en lo venidero. No, H. M., nada tan eficaz como esta práctica para conseguir la dicha de corregirnos, y lograr el conocimiento de nuestras faltas; solamente de esta manera conseguiremos entregarnos a Dios. ¿Cómo pretendéis que nos sea posible conocer nuestros pecados y apartarlos, sin entrar dentro de nosotros mismos, a lo menos una o dos veces al día? ¡Ay, H. M. ! a pesar de nuestra vigilancia, ¡ cuántos pecados hallaremos en la hora de la muerte, de los que no nos habíamos dado cuenta durante nuestra vida ! Conforme a esto, dejo a vuestra consideración el estado en que se va a encontrar el pobre infeliz que haya pasado una parte de su vida sin examinar sus actos. ¡ Ay ! ¡ qué sorpresa y qué pavor, o mejor, qué desesperación ! Fijaos, H. M., en un hombre que quiere conservar la salud; mirad cuántas precauciones toma para alejar los peligros y cómo se priva de todo cuanto pueda perjudicar su naturaleza. ¿ Por qué, H. M., no hacemos lo mismo para con nuestra pobre alma ? ¿ No es ella más preciosa que nuestro cuerpo ?

2.º Hemos dicho, en segundo lugar, que además de este remedio, que consiste en vigilar constantemente todos los movimientos de nuestro corazón, precisa también *huir* con gran cuidado de todo lo que pueda conducirnos al mal, o entibiarnos en el servicio de Dios.

Sí, H. M., si queremos conservarnos dignos de entrar en el cielo, hemos de huir y evitar todas las ocasiones próximas de pecar, esto es, las personas peligrosas, los lugares donde ordinariamente ofendemos a Dios, a los cuales solamente deberemos ir cuando nos

sea del todo imprescindible. Vais a una reunión, donde casi toda la noche transcurre en murmuraciones y calumnias contra el prójimo, donde se sostienen malas conversaciones o se cantan canciones pecaminosas. ¿Por qué habéis de asistir a tales lugares, H. M.? — A una u otra parte hemos de ir, me responderéis. — No hay duda; pero considerad que no todas las reuniones son así; si habéis concurrido a ellas voluntariamente, en el día del juicio os hallaréis culpables de todos los pecados que se cometieron en vuestra presencia. ¿No queréis creerlo? En el día del juicio lo veréis. ¡Ay! ¡cuán apesadumbrados quedaréis al ver que, por vuestra sola presencia en aquel lugar, os hicisteis culpables de tantos pecados! ¡Cuántas veces habéis buscado la compañía de determinada persona, quien, por su sola presencia o por sus maneras, os provocaba a malos pensamientos u os hacía concebir deseos perversos! Ya que ella es para vosotros una ocasión de pecado, debéis huir de su compañía; si no lo hacéis, obráis mal, puesto que os exponéis a la tentación. Y no basta confiar en vuestros propósitos, ya que tantas veces los habéis quebrantado; además, por vuestra propia experiencia conocéis esto mejor de lo que yo podría o hasta me atrevería a deciros. Es verdad que, muchas veces, lo que es ocasión de pecado para unos no lo es para otros; por eso debemos examinar cada uno sus particulares disposiciones, a fin de portarnos de manera que no ocasionemos la muerte a nuestra alma, sino que la conservemos apta para el cielo. Voy a mostraros esto de una manera más clara.

Entiendo yo por mala compañía, H. M., aquel hombre sin religión que no se preocupa de los preceptos de Dios ni de los de la Iglesia, que no conoce ni la Cuaresma, ni la Pascua, a quien nunca se ve por la Iglesia, o, si viene, es sólo para encandalizar a los demás con sus maneras poco edificantes: debéis huir de él, de

lo contrario, aun sin daros cuenta, no tardaréis en asemejaros al mismo; con sus malos razonamientos y sus malos ejemplos, os enseñará a despreciar las cosas santas y a olvidar vuestros más sagrados deberes. Empezará por ridiculizar vuestra piedad, y, permitiéndose alguna broma acerca de la religión y sus ministros, os contará algunas calumnias contra los sacerdotes y la confesión, hasta el punto de haceros perder enteramente el gusto por la frecuencia de Sacramentos; de las instrucciones de vuestros pastores solamente hablará para ponerlas en ridículo; y tened por seguro que, si frecuentáis su compañía por algún tiempo, veréis cómo, sin notarlo, iréis perdiendo la afición a todo cuanto se refiere a la salvación de vuestra alma. Llamo yo mala compañía, H. M., a ese joven o a ese viejo de hablar grosero, que sólo palabras sucias deja salir de su boca. Andad con cuidado, H. M., ¡esa persona tiene la peste! Si frecuentáis su trato, tened por seguro que os contagiará y que, si no es por un milagro de la gracia, moriréis; el demonio se servirá de ese miserable para ensuciar vuestra mente y corromper vuestro corazón. Llamo mala compañía, H. M., a ese jugador o borracho de profesión: por sobrio y ordenado que seáis, labrará prontamente vuestra perdición haciéndoos consumir vuestro dinero en el juego y en las tabernas; acabaréis por convertirlos en desgracia de vuestra familia y en escándalo de toda la parroquia. Llamo yo mala compañía, H. M., a esa persona curiosa y maldiciente, que quiere saber todo lo que pasa en las familias, y está siempre dispuesta a juzgar acerca de lo que no le interesa. El Espíritu Santo nos dice que tales personas no solamente son enojosas para todo el mundo, sino que además son malditas del Señor (1). Huid su trato, H. M., de lo contrario acabaríais siendo tam-

(1) Prov., VI, 16.

bién como ellas. En tales compañías, habréis de perecer sin remedio: «Dime con quién andas, y te diré quién eres».

Si tan temibles son las malas compañías, H. M., no lo son menos los malos libros. A veces, no se necesita más que la lectura de un mal libro para perder a una persona. ¡Ay, H. M. ! ¡cuántas personas tienen en su casa cuadernos de malas canciones, y las hacen circular prestándolas a unos y otros ! ¡Ay ! ¿cómo serán juzgados ? ¿Qué van a contestar cuando el Señor les muestre que, por las canciones perversas que prestaron o cantaron, tantas almas se perdieron ? ¿No convendréis ahora conmigo, H. M., en que, si no huimos de toda esta clase de personas, estamos casi seguros de perdernos por toda la eternidad ?

3.º Ved, además, el tercer medio que debemos adoptar para vencer al enemigo de nuestra salvación: *la oración*. Sí, H. M., ella es la que da eficacia a todos los otros medios que podemos adoptar y de que acabamos de hablar ahora ; sin ella, es decir sin oración, de nada nos servirían todas nuestras precauciones. Esto es lo que voy a mostraros en forma sensible por medio de un ejemplo.

Leemos en la Sagrada Escritura que, mientras Josué combatía en el llano contra los Amalecitas, Moisés, con los brazos extendidos y las manos levantadas al cielo, estaba orando en la montaña. Mientras sus manos estaban elevadas al cielo, el pueblo de Dios dominaba a sus enemigos ; pero en el momento en que sus brazos se bajaban por causa del cansancio y la fatiga, los enemigos volvían a tomar posición ventajosa. Hubo precisión de sostenerle los brazos en alto hasta el fin de la batalla, y los Amalecitas quedaron dispersados y deshechos, no por el valor de los combatientes, sino por las oraciones del siervo de Dios (1). Este ejemplo

(1) Exod., XVII.

nos muestra, H. M., que la oración es no solamente muy eficaz, sino además del todo necesaria para vencer a los enemigos de nuestra salvación. Por otra parte, H. M., mirad a todos los santos : no se contentaron con vigilar y combatir para vencer a los enemigos de su alma, ni con huir únicamente de todo lo que pudiera servirles de tentación ; sino que, durante toda su vida, pasaban en oración, no solamente el día, sino hasta la noche toda entera. Sí, H. M., en vano nos vigilaremos a nosotros mismos y todos los movimientos de nuestro corazón, en vano huiremos ; si no rogamos, si no acudimos constantemente a la oración, todos los demás medios de nada nos servirán, seremos vencidos. Vemos que en la vida hay muchas ocasiones en que nos es imposible huir ; así, por ejemplo, un hijo de familia no puede abandonar la compañía de sus padres por causa de los malos ejemplos de aquéllos ; pero puede orar, y la oración le sostendrá.

Pero, además, hasta suponiendo que nos sea posible huir de las personas que nos dan mal ejemplo, es muy cierto que no podemos huir de nosotros mismos, que somos, precisamente, nuestro mayor enemigo. Y aunque pudiésemos hacerlo, si el Señor no vigilara por nuestra conservación, de nada nos servirían todos los medios por nosotros empleados (1). No, H. M., no hallaremos pecador alguno que se haya convertido sin recurrir a la oración ; ni uno que haya perseverado sin el auxilio de la oración ; y, en cambio, no hallaréis un cristiano condenado que no empezase su reprobación por defecto de orar. Vemos también cuánto teme el demonio al que ora, pues no hay momento en que más nos tienta que en las horas de oración ; hace todos los posibles para impedirnos orar. Cuando el demonio quie-

(1) Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam (Ps. CXXVI, 2).

re perder a alguien, comienza por inspirarle un gran fastidio por la oración; por más que sea muy buen cristiano, si consigue hacerle dejar la oración, u obtener que la practique mal o con negligencia, ya puede estar seguro de cogerlo en sus redes. Si queréis comprenderlo aún mejor, decidme: ¿desde qué tiempo dejasteis de resistir a las tentaciones del demonio, y abristeis de par en par las puertas de vuestro corazón a disposición de cualquiera que descara introducirse en él? ¿No es, por ventura, desde que dejasteis vuestras oraciones, o desde que las hacéis sólo por costumbre, por rutina, para distraeros, mas no para agradar a Dios? Sí, H. M., desde que abandonamos nuestras oraciones, corremos hacia el infierno a pasos de gigante: hasta tal punto, que jamás nos reintegraremos a Dios, si no recurrimos a la oración. Sí, H. M., mediante una oración bien hecha, podemos disponer del cielo y de la tierra, todo nos obedecerá. Escuchad lo que nos dice el mismo Jesucristo para mostrarnos la necesidad de acudir a la oración: «Todo es posible mediante la oración, nos dice; a una oración bien hecha nada se le negará» (1). Ved los Apóstoles: con la oración, hacían que los paralíticos andasen, que los sordos oyesen, que los cojos caminasen (2), que los ciegos vieses, que los muertos resucitasen (3). ¿Queremos, H. M., que el demonio, nuestro cruel enemigo, no nos venza? Acudamos sin cesar a la oración. Pero es preciso orar debidamente, lo cual sucede cuando nuestras plegarias salen de lo hondo de nuestro corazón y no solamente de la punta de los labios, como con frecuencia acontece. Es preciso, además, que nos persuadamos de que, con nuestras solas fuerzas, no podemos combatir ni

(1) *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis* (Marc., XI, 24).

(2) Act., VIII, 8; III, 7.

(3) Ibid., IX, 34.

vencer, y de que tenemos necesidad absoluta de la gracia de Dios, y de que esta gracia no nos será otorgada sino mediante una oración bien hecha. Mas si tenemos la desgracia de ser vencidos por el demonio, sin desanimarnos, hemos de volver al combate, sin tener en gran cosa nuestras resoluciones, como tal vez hicimos hasta el presente; pero con una gran confianza en la bondad de Jesucristo, que luchará junto a nosotros y nos ayudará a derribar al enemigo.

Concluyamos, H. M., diciendo que cuantas veces hemos pecado, fué porque no nos habíamos diligentemente vigilado a nosotros mismos, no habíamos huído de las compañías o de los lugares que pudieron inducirnos al mal, no habíamos hecho oración, o bien la hicimos mal. Dichoso, H. M., el que en el trance de la muerte podrá decir como San Pablo: «He combatido mucho, mas con la gracia de Dios he resistido siempre a la tentación; heme aquí al final de mi carrera, mis luchas han terminado, y espero con confianza la corona de justicia que el Señor, que tan bueno es, tiene prometida a todos los que habrán luchado y perseverado hasta el final» (1). Ésta es la dicha que os deseo.

(1) II Timot., IV, 7-8

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA

SOBRE LA PALABRA DE DIOS

*Beati qui audiunt verbum Dei,
et custodiunt illud.*

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

(S. Luc., XI, 28).

Leemos en el Evangelio, H. M., que el Salvador del mundo predicaba al pueblo, y le decía cosas tan maravillosas y admirables, que una mujer, que estaba entre la multitud, levantó su voz clamando: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron»; mas Jesucristo repuso al momento: «Mucho más dichoso es aquel que escucha la palabra de Dios y observa lo que ella le prescribe». Tal vez os admire, H. M., que Jesucristo nos diga que el que escucha la palabra de Dios con verdadero deseo de aprovecharse de ella es más agradable al Señor que el que le recibe en la sagrada comunión (1); sí, no hay

(1) Acerca de este pasaje hemos de hacer notar:

1.º Jesucristo, en el citado texto de San Lucas, se refiere a la Virgen Santísima y no al alma del que comulga; pero el santo predicador pasa naturalmente de la Santísima Virgen llevando a Jesús en su seno, al cristiano que le recibe en la comunión.

2.º Tal vez es atrevido decir: «Que el que escucha la palabra de Dios es más agradable al Señor que aquel que le recibe en la sagrada comunión» (pág. 185). Pero es exacto decir que «aquel que escucha la palabra de Dios, la tiene presente y la pone en práctica, es más agradable a Dios que muchos de los que comulgan» (pág. 206).

3.º «La palabra de Dios es preferible a la sagrada comunión», es decir, es más necesaria que la Eucaristía, según lo explica más abajo el Santo: «¡Cuántos han llegado al cielo sin haber recibido el sacra-

duda, H. M., que nunca hemos comprendido bien hasta qué punto la palabra de Dios es un don precioso. ¡Ay, H. M. ! si estuviésemos de ello bien penetrados, ¡ con qué respeto, con qué amor deberíamos oirla ! No nos engañemos, H. M. : la palabra de Dios producirá necesariamente en nosotros, o frutos buenos o frutos malos ; serán buenos si estamos adornados de buenas disposiciones, es decir, de un verdadero deseo de aprovecharnos de ella y de hacer todo cuanto nos prescriba ; serán malos, si vamos a oirla con indiferencia, hasta con fastidio, tal vez con desprecio : esta palabra santa nos iluminará, mostrándonos nuestros deberes, o cegará nuestra vista y endurecerá nuestro corazón. Y para hacérselo comprender mejor, voy ahora a mostraros : 1.º cuán grandes sean los provechos que sacamos de la palabra de Dios ; 2.º cómo suelen recibirla los cristianos ; y 3.º las disposiciones con que debemos adornarnos para tener la dicha de aprovecharnos de ella.

I. — Para haceros comprender cuán grande sea el valor de la palabra de Dios, os diré que así la fundación como el progreso de la religión católica son obra de la palabra de Dios y de la gracia que siempre la acompaña. Sí, H. M., podemos aun decir que, aparte la muerte de Jesucristo en el Calvario, y el santo Bautismo, no hay otra gracia, de las que recibimos en nuestra santa religión, que la pueda igualar : lo cual

mento del Cuerpo adorable y de la preciosa Sangre de Jesucristo !... Pero tocante a la instrucción, que es la palabra de Dios, desde el momento en que tenemos la edad capaz para poder recibirla, nos es tan difícil entrar en el cielo sin estar debidamente instruídos en ella, como lo es el salvarse sin estar bautizado».

4.º Bossuet, en su sermón del 2.º Domingo de Cuaresma, siguiendo la autoridad de San Cesáreo, Tertuliano, Orígenes y San Juan Crisóstomo, establece la relación de estrecha semejanza que existe entre la palabra de Dios y la Eucaristía, relación que exige las mismas disposiciones para escuchar la una que para recibir la otra.

se comprende fácilmente. ¡ Cuántos hay que han llegado al cielo sin haber recibido el sacramento de la Penitencia ! ¡ Cuántos sin haber recibido el del Cuerpo adorable y de la Sangre preciosa de Jesucristo ! y ¡ cuántos están en el cielo que no recibieron el sacramento de la Confirmación ni el de la Extremaunción ! Pero tocante a la instrucción, que es la palabra de Dios, desde el momento en que tenemos la edad capaz para poder recibirla, nos es tan difícil entrar en el cielo sin estar debidamente instruídos en ella, como lo es el salvarse sin estar bautizado. ¡ Ay, H. M. ! en el día del juicio veremos, desgraciadamente, cómo la mayor parte de cristianos condenados, lo serán porque no conocieron su religión. Id, H. M., preguntad a todos los cristianos réprobos, y pedídesles por qué están en el infierno. Todos os dirán que su desgracia proviene o de no haber querido escuchar la palabra de Dios, o de haberla despreciado. Pero, me diréis tal vez : ¿ qué obra en nosotros esta palabra santa ? Vedlo aquí : es ella semejante a aquella columna de fuego que guiaba a los judíos mientras andaban por el desierto, que les mostraba el camino por donde debían seguir, que se paraba cuando convenía que el pueblo se detuviese y andaba cuando convenía que el pueblo siguiese su camino ; de manera que este pueblo no tenía más que ser fiel en seguirla, con lo que estaba seguro de no desviarse en su marcha (1). Sí, H. M., la palabra divina hace lo mismo con respecto a nosotros : es ella una refulgente antorcha que brilla ante nuestros ojos, que nos guía en todos nuestros pensamientos, propósitos y acciones (2) ; es ella la que ilumina nuestra fe, la que fortifica nuestra esperanza, la que inflama nuestro amor para con Dios y para con el prójimo ; es ella la que nos hace com-

(1) Exod., XIII, 21-22 ; XI., 34-35.

(2) *Lucerna pedibus meis verbum tuum* (Ps. CXVIII, 105).

prender la grandeza de Dios, el fin bienaventurado para que fuimos criados, las bondades de Dios, su amor para con nosotros, el valor de nuestra alma, la excelcitud de la recompensa prometida; sí, ella es la que nos pinta la magnitud del pecado, el ultraje que hace a Dios, los males que nos prepara para la otra vida; ella es la que nos hace temblar de miedo ante la visión del juicio que está reservado a los pecadores, por la pintura espantable que del mismo nos hace; sí, H. M., esta palabra es la que, despertando nuestra fe, nos lleva a creer, sin previo examen, las verdades de nuestra santa religión, en las que todo es misterio. Decidme: ¿no es por ventura, después de oída una instrucción, cuando se siente el corazón emocionado y lleno de buenos propósitos? ¡Ay! muy digno de lástima es el que desprecia la palabra divina, ya que desprecia y rechaza todos los medios eficaces que nos ofrece Dios para salvarnos. Decidme, H. M., ¿de qué se sirvieron los patriarcas y los profetas, el mismo Jesucristo y todos los apóstoles, así como todos los que después los secundaron en la obra de fundar y propagar nuestra santa religión? ¿No fué por ventura de la palabra de Dios? Mirad a Jonás, cuando el Señor le envía a Nínive: ¿qué hace? pues, simplemente, anunciar allí la palabra de Dios avisándoles que en el plazo de cuarenta días todos sus habitantes van a perecer (1). Y ¿no fué esta santa palabra la que cambió los corazones de los moradores de aquella gran ciudad y convirtió a los grandes pecadores en grandes penitentes? (2). ¿Qué es lo que hace San Juan Bautista para empezar a dar noticias del Mesías, el Salvador del mundo? ¿no es anunciando a los pueblos la palabra de Dios? ¿Qué es lo que hace el mismo Jesucristo re-

(1) Jon., III, 4.

(2) *En el margen*: La destrucción de Jerusalén.

corriendo las ciudades y los campos, rodeado continuamente de multitud de pueblo que no le abandona ni en el desierto? ¿De qué otro medio se sirve para enseñar la religión que quería fundar, sino de esta palabra santa? Decidme, H. M., ¿qué es lo que ha inducido a tantos poderosos del mundo a abandonar sus bienes, sus familias y todas sus comodidades? ¿no han abierto los ojos del alma comprendiendo cuán efímeras y caducas son las cosas creadas, y se han dedicado a buscar los bienes eternos, con ocasión de haber oído la palabra de Dios? Un San Antonio, un San Francisco, un San Ignacio... Decidme: ¿quién puede mover a los hijos a sentir un gran respeto por su padre y su madre, y hacer que los miren como ocupando el lugar de Dios? ¿no se logra esto por las instrucciones que han recibido en el catecismo, de boca de su pastor espiritual, en las que se les ha hecho ver la magnitud de la recompensa que está reservada a un hijo bueno y obediente? Y ¿cuáles son los hijos, H. M., que desprecian a sus padres? ¡Ay, H. M.! ¡muchos de ellos son hijos ignorantes, los cuales por su ignorancia son llevados a la impureza y al libertinaje, y acaban, con frecuencia, por causar la muerte de sus pobres padres, ya por las penas que les causan, ya por otros medios aún peores! ¿Qué es lo que puede inducir a un vecino a mostrar una grande y desinteresada caridad para con otro vecino, sino un sermón que habrá oído y en el que se le habrá mostrado cuán agradables son a Dios las obras de caridad? ¿Qué es lo que ha inducido a tantos pecadores a salir del pecado? ¿No será, por ventura, alguna explicación que habrán oído, en la que se les ha pintado el infeliz estado de un pecador que cae en las manos de un Dios vengador? Si queréis una prueba de ello, escuchadme un momento y quedaréis convencidos.

Cuéntase en la historia que un antiguo oficial de

caballería, en uno de sus viajes, acertó a pasar por un lugar en que el Padre Bridaine daba una misión. Deseoso de oír a un hombre de tanta fama a quien hasta entonces no conocía, entró en una iglesia mientras el Padre Bridaine estaba haciendo una pintura espantable del estado del alma en pecado, la ceguera que significaba el perseverar en la culpa, el fácil medio que el pecador tiene para salir de su situación con una buena confesión general. Quedó el militar tan conmovido, sus remordimientos de conciencia fueron tan fuertes, o mejor, se le hicieron tan insoportables, que en aquel mismo momento formó el propósito de arrepentirse y hacer una confesión de toda su vida. Al pie mismo del púlpito aguardó al misionero y le suplicó le ayudase a hacer una confesión general de su vida. Recibióle el Padre Bridaine con una gran caridad. «Padre mío, le dijo el militar, permaneceré aquí durante todo el tiempo que usted quiera; acabo de concebir un gran deseo de salvar mi alma.» Hizo su confesión con todos los afectos de devoción y dolor propios de un pecador que se convierte; él mismo decía que cada vez que se acusaba de un pecado parecía quitarse un gran peso de su conciencia. Cuando hubo terminado su confesión, apartóse de la compañía del Padre Bridaine, llorando a lágrima viva. Admirada la gente de ver a aquel militar derramar tantas lágrimas, preguntábanle cuál era la causa de su pena y de su llanto: «¡ Ah ! amigos míos, ¡ cuán dulce es derramar lágrimas de amor y reconocimiento, después de haber vivido, como yo lo hice, tanto tiempo en el aborrecimiento de mi Dios ! ».

¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre dejando de amar a Dios, viviendo en su enemistad, mientras El le ama tan dulcemente ! Aquel militar fué al encuentro del Padre Bridaine, que estaba en la sacristía, y allí, en presencia de los demás misioneros, quiso comunicar a

todos los sentimientos que experimentaba : «Señores, les digo, escuchadme, y usted, Padre Bridaine, acuérdesse de ello siempre. No creo haber gustado en mi vida un placer tan puro y tan dulce como el que disfruto desde que tengo la dicha de estar en gracia ; no, yo no creo en verdad que Luis XV, a quien he servido durante treinta y seis años, pueda ser tan feliz cual yo lo soy ; a pesar de todos los placeres que le acompañan y de todo el esplendor del trono que le rodea, dudo que esté tan contento como yo ahora, desde que he lanzado el lío horrible de mis pecados, en mi dolor y en mi propósito de hacer penitencia. No cambiaría ahora mi suerte por todos los placeres y riquezas del mundo.» Dichas estas palabras, se arrojó a los pies del Padre Bridaine, y le estrechó la mano : «¡ Ah ! Padre mío, ¡ cómo podré dar gracias a Dios, aunque en ello emplee toda mi vida, por haberme llevado como de la mano a este país ! ¡ Ay ! Padre mío, no tenía el más mínimo propósito de hacer lo que usted ha tenido la caridad de inducirme a practicar. No, Padre mío, jamás podré olvidarlo ; y le pido por favor que ruegue por mí al Señor que toda mi vida no sea más que una vida de lágrimas y penitencia». El Padre Bridaine y los demás que fueron testigos de esta aventura, prorrumpieron en lágrimas, diciendo : «¡ Oh ! ¡ cuántas gracias guarda el Señor para los que poseen un corazón dócil a su voz ! ¡ Oh ! ¡ cuántas almas se condenan, que, si hubiesen sido instruídas, se salvaran !» Esta consideración era la que movía al Padre Bridaine a pedir a Dios, antes de empezar sus pláticas, que inflamase su corazón de tal manera, que sus palabras fuesen como fuego devorador que abrasase en amor los corazones de los pecadores más endurecidos y rebeldes a la gracia. Pues bien, H. M., ¿cuál fué la causa de la conversión de aquel soldado ? No fué otra que el haber escuchado la palabra de Dios, la cual halló su corazón dócil a la

voz de la gracia. ¡ Ay ! ¡ cuántos cristianos se convertirían si tuviesen la dicha de escuchar la palabra de Dios con buenas disposiciones ! ¡ Cuántos buenos deseos y pensamientos haría nacer en su corazón, y de cuántas buenas obras provechosas para el cielo sería ella causa !

Antes de pasar adelante, H. M., he de contaros un caso que aconteció al mismo Padre Bridaine mientras daba una misión en Aix de la Provenza ; hay en él algún rasgo muy singular. Un día, cuando el misionero se disponía a sentarse a la mesa con un compañero suyo, un oficial llamó, con manifiesta urgencia, a la morada de los misioneros ; jadeante y con el rostro alterado, pidió por el jefe de la compañía. Habiéndose, mientras tanto, acercado el Padre Bridaine : « Padre Bridaine », díjole al oído el oficial con cierta emoción y severidad de tono, dando muestras de lo agitado que se hallaba su ánimo. Como se hallase ya junto a él el misionero, el oficial cerró la puerta, despojóse de sus botas, arrojó lejos de sí el sombrero, tiró su espada. Os aseguro, dijo luego el Padre Bridaine a sus compañeros, que todo esto me alarmaba : su silencio, su mirada feroz, sus puños cerrados, su precipitación y su turbación, me hicieron juzgar no se tratase de un hombre a quien yo hubiese arrebatado el objeto de su pasión, y que, para vengarse, venía seguramente a quitarme la vida ; mas pronto se desvaneció mi error, pues vi a aquel militar arrojarle a mis plantas, el rostro pegado al suelo, pronunciando con aplomo estas palabras : « No es cosa de abandonarme por más tiempo, Padre mío, ni de más dilaciones ; aquí tiene a sus pies al más grande pecador que haya podido soportar la tierra desde el comienzo del mundo. Vengo de muy lejos para confesarme con usted sin más tardar ; de lo contrario no sé lo que va a ser de mí ». El Padre Bridaine díjole con expresión bondadosa : « Amigo mío, un momento y vuelvo en seguida ». « Padre mío, res-

pondió el soldado, llorando a lágrima viva, ¿responde usted de mi alma durante este tiempo? Sepa, Padre mío, que he hecho un viaje de diez y siete leguas; hace demasiado tiempo que no vivo y el corazón se me rompe; no puedo aguantar más; mi vida y el infierno parecen una misma cosa; comenzó mi tormento al oír a usted predicar en tal lugar, donde pintó tan a lo vivo el estado de mi alma, que no pude menos de persuadirme de que Dios le movía a dar, para mí sólo, aquella instrucción; sin embargo, fué solamente por curiosidad que entré en el templo en que predicaba usted, y precisamente allí era donde Dios me esperaba. ¡Cuán dichoso soy, Padre mío, al poder librarme de estos remordimientos de conciencia que me devoran! tómese el tiempo necesario para que pueda hacer una buena confesión, yo permaneceré aquí cuanto quiera; mas es preciso que me alivie al momento, pues mi conciencia es un verdugo atormentador que no me deja en reposo ni de día ni de noche; en fin, Padre mío, quiero convertirme al instante; ¿lo oye Padre mío? No saldrá usted de aquí hasta que haya descargado mi corazón. Si rehusa, tengo por seguro que, de pena, voy a morir a sus plantas.»

«Pero todo esto lo dijo, nos refiere el Padre Brindaine, derramando abundantes lágrimas. Quedé tan conmovido, nos dice además, de tan emocionante escena, que le recibí en mis brazos, le bendije, mezclé mis lágrimas con las suyas; ya no pensé en la comida; le animé, con todas mis fuerzas, a esperar firmemente en la gracia del buen Dios, la cual se le había ya mostrado de una manera tan singular; permanecí cuatro horas seguidas oyendo su confesión; casi me bañaba con sus lágrimas, lo cual hacía que yo no pudiese retener las mías; no le dejé hasta la hora de ir a predicar la palabra de Dios.»

Este generoso militar permaneció algún tiempo jun-

to al Padre Bridaine, a fin de recibir de él las advertencias que le eran necesarias para tener la dicha de perseverar. Antes de abandonar tan santa compañía, rogó al Padre Bridaine le perdonase la alarma que le había causado: «Sin embargo, Padre mío, añadió el militar, sus temores eran nada en comparación con los míos. Estaba temiendo todos los días que la muerte no se me llevase en el estado en que me hallaba, parecíame que la tierra iba a abrirse debajo de mis pies para tragarme vivo al profundo infierno. Ya supondrá, Padre mío, que cuando uno se ve perseguido por semejantes enemigos y reflexiona seriamente sobre su situación, es imposible permanecer tranquilo, aunque se tenga el corazón duro como el bronce. Ahora, Padre mío, yo quisiera morir, tanta es la alegría que tengo de estar bien con Dios.» No sabía decidirse a dejar al Padre Bridaine, le besó las manos, le abrazó. El Padre Bridaine, por su parte, al ver un tal milagro de la gracia, no pudo contener sus lágrimas: la última despedida hizo derramar lágrimas a todos los circunstantes. «Adiós, Padre mío, dijo el militar al Padre Bridaine, después de Dios, es a usted a quien debo el cielo». De regreso a su país, no pudo contenerse de hacer públicas las singulares bondades que Dios había tenido para con él, acabó sus días en el llanto y la penitencia, y falleció santamente seis meses después de su conversión.

Pues bien, H. M., ¿quién fué la causa de la conversión de ese soldado? ¡Ay, H. M. ! lo que oís todos los domingos a la hora del sermón, es lo que él oyó de labios del Padre Bridaine, el cual seguramente describiría el estado espantoso de un pecador que comparece delante del tribunal de Jesucristo con la conciencia llena de pecados. ¡Ay ! Dios mío, ¿cuántas veces vuestro párroco os habrá presentado ese tan poco halagüeño retrato? ¿Seguramente más conmovido que vosotros? ¿Por qué causa, pues, H. M., aquello no os ha abra-

sado y convertido? ¿Es que tal vez la palabra de Dios no tiene el mismo poder, H. M.? No, H. M., no es ésta la verdadera causa de haber vosotros permanecido en pecado. ¿Será tal vez, H. M., por ser un pecador el que os anunció esa palabra santa? No, H. M., no, no es ésta aún la verdadera razón, sino lo que os voy a decir: es porque vuestros corazones se hallan muy endurecidos, y desde mucho tiempo estáis abusando de los dones que Dios, por ministerio de su palabra santa, os envía; es que el pecado, H. M., os ha arrancado los ojos del alma hasta el punto de haceros perder de vista los bienes y los males de la otra vida. ¡Oh Dios mío! ¡qué gran desgracia para un cristiano el ser desterrado del cielo por toda una eternidad y permanecer aún insensible ante una tal pérdida! ¡Oh Dios mío! ¡qué frenesí, estando en peligro de ser precipitados en las llamas del infierno, permanecer tranquilos en un estado que hace estremecer a los ángeles y a los santos! ¡Oh Dios mío! ¡a qué grado de desdicha es llevado aquel a quien la palabra de Dios...!

Y desde el momento en que la palabra de Dios no conmueve, todo puede darse por perdido; no queda ya otro recurso que un gran milagro, lo cual acontece muy raramente. ¡Oh Dios mío! ¿quién jamás podrá comprender tamaña insensibilidad ante tantas desdichas? Sin embargo, para no ir más lejos, tal es el estado de casi todos los que me escuchan. Sabéis que reina en vuestros corazones el pecado; sabéis que mientras estáis dominados por el pecado, no podéis esperar otra cosa que todas esas desdichas. ¡Oh Dios mío! ¿no debería este solo pensamiento causarnos la muerte de pavor? Nuestro Señor ya preveía cuán poco nos aprovecharía la palabra de vida, al proponernos, en el Evangelio, esta parábola: «Un sembrador salió de madrugada a sembrar su trigo, y, al esparcirlo, una parte cayó al borde del camino, y fué hollada por los cami-

nantes y comida por las aves del cielo ; otra parte cayó sobre las piedras, y se secó también al poco tiempo ; otra cayó en medio de la maleza, que la ahogó ; y, finalmente, otra parte cayó en tierra buena, y dió el ciento por uno.» Ya veis pues, H. M., cómo Jesucristo nos muestra que, de todas las personas que escuchan la palabra de Dios, solamente se aprovechan de ella una cuarta parte ; y aun sería mucho que de cada cuatro personas hubiese una que se aprovechase. ¡ Cuánto mayor no sería entonces el número de buenos cristianos !

Admirados los apóstoles de esta parábola, le dijeron : Dignaos explicarnos lo que esto significa. Y Jesucristo, con su acostumbrada bondad, les dijo : Vedlo aquí : El corazón del hombre es semejante a un campo que lleva sus frutos según esté bien o mal cultivado ; esa simiente, les dijo Jesucristo, es la palabra de Dios : la que cae al borde del camino, son aquellos que oyen la divina palabra, pero no quieren cambiar de vida, ni aceptan las molestias y sacrificios que Dios exige de ellos y que han de hacerles buenos y agradables a El. Unos son aquellos que no quieren dejar las malas compañías o los lugares donde tantas veces han ofendido a Dios ; otros, aquellos que se hallan esclavizados por el respeto humano, que los fuerza a abandonar todas las buenas resoluciones tomadas al escuchar la palabra de Dios. Aquella otra parte que cae entre las espinas, son los que escuchan con gusto la palabra de Dios ; mas ella no los mueve a realizar buenas obras : les place oír, pero no, poner en práctica lo que ella manda. La que va a parar sobre las piedras, simboliza a los de corazón duro y obstinado, que solamente la escuchan para despreciarla o abusar de ella. Finalmente, la que cae en buena tierra, son los que gustan de oír, y ponen además todos los medios que Dios les inspira para que les aprovechen sus enseñanzas ; y es solamente en esos

corazones donde produce abundancia de frutos, a saber : el apartamiento de la vida mundana y el desarrollo de las virtudes que debe practicar un cristiano para agradar a Dios y salvar su alma. Después de estas palabras de Jesucristo, vosotros mismos podéis ver, H. M., cuán reducido es el número de personas que se aprovechan de la palabra de Dios, ya que de cuatro partes solamente una pone esta semilla en condiciones de producir fruto ; lo cual es muy fácil demostraros, como vamos a ver en el acto. Y si me preguntáis a quién quiere representar Jesucristo en la figura de ese sembrador que sale de madrugada para ir al campo a sembrar la simiente, H. M., os diré que el sembrador es el mismo Dios, que desde el principio del mundo comenzó a laborar por nuestra salud, enviándonos ya sus profetas, para que supiésemos cómo debíamos portarnos para alcanzar nuestra salvación, antes de la venida del Mesías, y no se contentó con enviarnos a sus servidores, sino que vino El mismo ; El es el que nos trazó el camino que debíamos seguir, El bajó a la tierra a anunciarnos la palabra santa.

II. — Mas ante todo, H. M., examinemos cuáles son los que procuran estar en buena disposición para oír esta palabra de vida. ¡ Ay, H. M. ! por las palabras mismas de Jesucristo acabáis de ver cuán pocos son los que reúnen las disposiciones necesarias para aprovecharse bien. ¿ Sabéis lo que viene a ser una persona que no se nutre de esta palabra santa o que abusa de la misma ? Es semejante a un enfermo sin médico que le auxilie, a un viajero extraviado sin guía, a un pobre sin recursos ; digámoslo en otras palabras, H. M. : es absolutamente imposible amar a Dios y agradarle, sin alimentarse con esta divina palabra. ¿ Qué es lo que más puede llevar a uniros con El sino el conocerle ? Y ¿ qué es lo que puede hacérmolos conocer, con todas

sus perfecciones, su belleza, su amor a nosotros, sino la palabra de Dios, que nos descubre todo lo que por nosotros hizo, y los bienes que para la otra vida nos prepara, si nosotros nos esforzamos por agradarle? ¿Qué es lo que puede conducirnos a dejar y a llorar nuestros pecados, sino la pintura espantable que de ellos hace el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura? ¿Qué es lo que puede conducirnos a sacrificar enteramente lo que más amamos en este mundo, con el fin de obtener los bienes celestiales, sino los cuadros vivos que nos pintan los predicadores? Si dudáis de ello, H. M., preguntad a San Agustín qué es lo que empezó a infundirle vergüenza en medio de sus infamias. ¿No es, por cierto, el cuadro espantoso presentado por San Ambrosio en un sermón donde mostró todos los horrores del vicio de la impureza, cuánto degrada al hombre, y cuán horrible es el ultraje que hace a Dios? (1).

¿Qué es lo que movió a Santa Pelagia, aquella famosa cortesana que, por su hermosura y aun más por los desórdenes de su vida, tantas almas había perdido? ¿qué es lo que la llevó a abrazar la más ruda penitencia durante el resto de su vida?... Un día que esta mujer andaba seguida de un grupo de jóvenes ocupados en cortejarla, adornada con gran elegancia, mas con aquella ostentación de mundanidad y aquel porte que no respiraban otra cosa que molicie y voluptuosidad, acertó a pasar cerca de la puerta de una iglesia donde se hallaban varios obispos ocupándose en asuntos de la Iglesia. Los santos prelados, indignados ante aquel espectáculo, desviaron sus miradas hacia otra parte; sin embargo, uno de ellos, llamado Nono, miró fijamente a aquella comedianta y exclamó: «¡Ah! esta mujer que pone tanta diligencia en agradar a los hombres será una acusación contra nosotros que tan

(1) *Conf.*, lib. VI, c. III-IV.

poco cuidamos de agradar a Dios!» Y el santo prelado, tomando a su diácono de la mano, condújole a su celda; llegados a ella, postróse con la faz en tierra y, golpeándose el pecho y llorando amargamente, dijo: «Oh, maestro mío, Jesucristo, tened piedad de mí; ¡es posible que durante mi vida no haya tenido tanto cuidado en adornar mi alma tan preciosa y que tanto os costó, como esa cortesana lo ha tenido en un solo día para engalanar su cuerpo y agradar al mundo!».

Al día siguiente, el santo obispo subió al púlpito, y pintó de manera que infundía horror los males que aquella cortesana causaba, las muchas almas que su mala vida arrastraba al infierno... y acompañaba su sermón con lágrimas abundantes. Precisamente Pelagia estaba en la iglesia oyendo el sermón del santo obispo; quedó tan conmovida, o mejor, tan atemorizada, que resolvió convertirse inmediatamente. Sin vacilar fué al encuentro del santo prelado, y arrojándose a sus pies en presencia de toda la asamblea, pidióle con tantas lágrimas e insistencia el bautismo, que el obispo, hallándola tan arrepentida, no solamente le administró el bautismo, sino además la Confirmación y la Comunión. Después Pelagia distribuyó todos sus bienes entre los pobres, dió libertad a todos sus esclavos, ciñóse con un áspero cilicio, abandonó secretamente la ciudad de Antioquía y fué a recluirse en una gruta que hay en el monte de los Olivos cerca de Jerusalén. Más tarde, el diácono del santo obispo tuvo deseo de ir en peregrinación a Jerusalén; antes de partir, su prelado le encomendó se informase si, de cuatro años a aquella parte, en una gruta de aquellas cercanías había una joven oculta. En efecto, el diácono, al llegar a Jerusalén, preguntó si se sabía que en una gruta de aquellos alrededores hubiese alguna joven reclusa desde unos cuatro años antes. Realmente, el diácono pudo hallarla en la citada montaña, morando en una

celda que por toda abertura tenía una pequeña ventana casi siempre cerrada. La rigurosísima penitencia que Pelagia hacía la había transformado de tal modo, que, a primera vista, el diácono no acertó a reconocerla. Díjola que venía a visitarla de parte del obispo Nono. Por toda respuesta dijo ella al diácono, derramando lágrimas, que el obispo Nono era un santo y que se encomendaba mucho en sus oraciones; y cual si fuese indigna de ver la luz del día, después de haber ofendido tan gravemente a Dios y perdido tantas almas, cerró la ventanilla. Los solitarios dijeron al diácono que aquella mujer castigaba su cuerpo con tormentos tales, que *daban pavor* a los solitarios más austeros. El diácono, antes de partir, quiso tener la satisfacción de verla otra vez; pero la halló muerta (1). Pues bien, H. M., ¿quién sacó a aquella pobre desgraciada del fango de sus infamias para hacer de ella una tan gran penitente? Una sola instrucción, H. M., produjo en ella este cambio. Pero pregunto aún, H. M., ¿de dónde viene esto? Es, H. M., que la palabra de Dios halló su corazón bien dispuesto para recibir la buena semilla; es que esta palabra cayó en tierra buena.

¿Sabéis, H. M., lo que somos? Vedlo aquí: somos semejantes a esos grandes del mundo, que disfrutaban en abundancia de todo lo que su corazón pueda desear, que apuran sus conocimientos a fin de crear nuevas invenciones para dotar de nuevos sabores a las comidas que se les sirven, y, no obstante, nada les satisface. Si presenciase esto una persona que padeciese hambre, ¿no diría por ventura, y tal vez llorando: «¡Ah! ¡si yo tuviese lo que éstos tanto desprecian, cuán dichoso sería!» ¡Ay, H. M.! lo mismo podemos decir nosotros: si los pobres idólatras y paganos recibiesen la mitad o la cuarta parte de esta palabra que a nosotros

(1) *Vidas de los Padres del desierto*, t. VI, cap. XVIII.